

sin embargo, romper la representación política de un amplio sector de intereses patronales que había asumido el partido radical. El resultado de todo ello fue «la definitiva liquidación del pueblo de Madrid en cuanto sujeto político».

He señalado las conclusiones «políticas» que se derivan del libro. Aunque importantes, no son sino la consecuencia de un planteamiento de partida que rompe, no ya con la historiografía tradicional, sino también con aquella otra, más reciente, pero que también comulga con la imagen de la bipolarización inquestionable de la sociedad española de la República. Santos Juliá anuncia la necesidad de llevar a cabo una reinterpretación de la conflictividad social de aquellos años a partir de «la múltiple determinación (de las huelgas) cuya jerarquía interna debe construirse a partir del crecimiento de las ciudades, de las tensiones debidas a su estructura protoindustrial, para tomar luego en consideración los procesos de toma de conciencia de clase por medio del estudio de los efectos sociales de la crisis y de las prácticas que esas conciencias determinan a través de las organizaciones de clase existentes», interpretación que debería sustituir a la «explicación por la pasión política, por la polarización o por la mística revolucionaria de la clase obrera ante la ofensiva de la patronal». Que esta afirmación no implica olvido o arrinconamiento de la función de las ideologías y de la política se desprende de la propia lectura del libro, tanto como de la relectura de los anteriores, por no mencionar las afirmaciones que el propio autor va desgranando a lo largo de las páginas. Lo que queda asumir de todo ello con

vistas a un replanteamiento de las interpretaciones vigentes sobre el período republicano depende ya del «gremio» de los historiadores (quizá habría que sumar también a los sociólogos) y de su capacidad de debatir.

LA AGONIA DEL SUEÑO AMERICANO

Mariví Rodilla

Marvin Harris.

La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica.

Alianza Editorial.

Madrid, 1984.

Que Estados Unidos es un país complejo a casi nadie se le escapa. Que «los americanos están locos» es una frase tan comunmente utilizada en diferentes ambientes y frente a distintas situaciones que se ha convertido ya en una respuesta tópica que evita análisis más profundos. Y es que analizar los mecanismos y realidades de la sociedad norteamericana actual no resulta una tarea fácil. ¿Cuáles son las razones de la actual crisis cultural en EE.UU.? ¿A qué se debe el que «el sueño americano» haya desembocado en una sociedad dominada por la inflación y la burocracia, y en cuyo seno se han producido unos cambios de comportamiento y una crisis de los valores morales tradicionales

que desembocan en fenómenos sin una interconexión aparente, como son la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, la mala calidad de los artículos de consumo, el aumento de los homosexuales, la alta tasa de delincuencia o la proliferación de nuevas sectas o cultos religiosos?

La intención de Marvin Harris con *La cultura norteamericana contemporánea* es la de dar una respuesta a estas preguntas. Harris es antropólogo y se mueve, dentro de la tradición holística de la antropología, siguiendo la hipótesis de que diferentes transformaciones sociales, aparentemente no relacionadas, guardan una profunda relación entre sí y pueden ser, además, consecuencias de un cambio profundo central. A partir de esta idea intenta demostrar que la inflación, los cambios en la calidad de bienes y servicios, la vida familiar, la sexualidad, la delincuencia y la religión están ampliamente relacionados con los cambios que se han producido en EE.UU. a partir de la segunda guerra mundial, en la organización y el tipo de trabajo y en la composición de la fuerza de trabajo.

Paralelamente a una ruptura ideológica con la ética del trabajo y el sentido de la disciplina tradicionales en el americano medio, la economía ha pasado de ser una economía descentralizada y orientada hacia la producción de bienes a ser una economía burocratizada y dominada por los oligopolios y que se ha centrado en la producción de servicios e información. Aunque la tendencia al oligopolio ya está bien asentada en los EE.UU. durante la primera mitad del siglo XX, en los años 50 el ritmo de adquisiciones y expan-

sión se aceleró, hasta que un grupo de grandes compañías, de las cuales la más importante no es sino el propio gobierno, obtuvo la preponderancia a todos los niveles de la producción.

Desde este momento, y simultáneamente a una expansión desmesurada de la administración pública, la concentración de la economía en manos de los oligopolios provocó la automatización de la producción de bienes y la detención de la creación de puestos de trabajo en el sector industrial. Era necesaria una respuesta ante el creciente número de personas que se incorporaban al mercado de trabajo y, sin que existiera un plan nacional de creación de empleo que pretendiera la creación de estos puestos de trabajo necesarios en el sector de los servicios y de la información, lo que parece evidente es que una gran cantidad de trabajadores quedó a disposición de las empresas de este sector que no habían sufrido todavía un proceso de automatización, y que el bajo coste de esta mano de obra fue un aliciente para que la empresa privada invirtiera en este campo. De la misma manera, el incremento de empleados gubernamentales no dejaba de ser una forma de afrontar el desempleo menos problemática que la de dejar a millones de personas en el paro y dependiendo de la caridad estatal.

Las consecuencias de esta transformación económica han sido desastrosas: por un lado, la mala calidad de los bienes de consumo; por otro, la mala calidad de los servicios y la información. Norteamérica se ha convertido en un país en el que todo se rompe al poco tiempo de haber sido adquirido, y en el que el pro-

blema de la calidad de los bienes ha alcanzado proporciones críticas. Este hecho no puede ser desligado de una economía basada en compañías que, a partir de un momento determinado, crecieron de forma desmesurada, desarrollaron enormes burocracias internas, se hicieron con el control de una proporción cada vez mayor de los mercados nacionales e internacionales y se lanzaron a una carrera desenfrenada de beneficios que no sólo pasaba por una despreocupación por la calidad de los productos, sino que se centraba en el desarrollo de una técnica de *marketing* conocida como «obsolencia planeada». Los productos se planeaban para su salida al mercado como productos de ciclo vital corto, lo cual permitía un aumento desmesurado de la producción y un no inminente peligro de sobreproducción. Tarde o temprano la desconfianza aparece entre los consumidores, pero los fabricantes tienden a no alarmarse si aquéllos sólo pueden elegir un determinado artículo entre los producidos por tres o cuatro compañías que tienen la misma política de degradación de la calidad y de precios elevados.

Por lo que respecta a la mala calidad de la información y los servicios, ésta no puede ser desligada de las características de los empleos de este sector —bajos sueldos, medias jornadas o empleos temporales, mala cualificación...—. En general, son empleos que requieren tareas sencillas, monótonas, rutinarias y repetitivas, que producen en el trabajador el mismo efecto que las tareas sencillas y rutinarias que se realizan en las fábricas, alienación del trabajador y desinterés con respecto a lo que produce. A esto hay que añadir lo que supuso el proce-

so de informatización de estos sectores, es decir, la conversión de los trabajadores en meros apéndices de los ordenadores y la disminución de su nivel de competencia, encerrándoles en una serie de rígidos procedimientos burocráticos que les incapacitaban para responder a situaciones nuevas o atípicas.

Es en este mismo período de cambio en la economía cuando EE.UU. se ve sacudido por la inflación más alta de toda su historia. Para entender el origen de esta tendencia inflacionaria es necesario retroceder a los años treinta, que fue cuando se sentaron las bases para el desarrollo de los oligopolios públicos y privados. En este momento, y tras la depresión del 29, el gobierno estadounidense aplicó a la economía la teoría keynesiana que propugnaba la alternancia de medidas de estímulo con un período posterior de reinversión de estas medidas. El problema fue que esta segunda fase no resultaba tan fácil de aplicar como pensaba Keynes, y cada una de las seis recesiones económicas posteriores a 1945 dejaron unas secuelas que dificultaron, cada vez más, el combate a la inflación.

A lo anterior hay que añadir el efecto inflacionista provocado por la forma de crecimiento de los sectores público y privado. En lo que respecta al sector público, no sólo su crecimiento se financió con fondos monetarios prestados —lo que contribuía a poner en circulación más dinero— en lugar de hacerlo con los generados por la recaudación de impuestos, sino que se fue convirtiendo en una macroempresa cada vez más despilfarradora. El resultado es una situación de inflación, ya que mientras los impuestos

aumentan la calidad de los servicios disminuye, con lo cual el contribuyente obtiene menos y peores servicios a cambio de más dinero.

En cuanto al sector privado, la situación es semejante. Dado el dominio de los oligopolios, los precios dejan de reflejar la existencia de una competencia entre firmas independientes y, en lugar de ello, debido a acuerdos entre las grandes empresas, son aumentados de forma descarada para asegurar la obtención del beneficio planeado. Por otra parte, también el sector privado ha ido recurriendo a préstamos monetarios, y en estos momentos su deuda es mucho mayor que la estatal. La respuesta para mantener la liquidez en un momento en que, dado su endeudamiento, el dinero en efectivo de que disponen los oligopolios privados es menor, es exactamente la misma: el aumento de los precios y la baja calidad de los productos. La inflación es la consecuencia inmediata, porque nuevamente el consumidor está pagando más dinero por unos productos que le van a durar mucho menos.

Sin embargo, para Harris, la inflación, la plaga de artículos defectuosos y los perjuicios causados por servicios deficientes, no son las únicas consecuencias de esta transformación económica sino que ha provocado, también, efectos que se trasladan incluso al nivel de la vida privada de los ciudadanos. La teoría de Harris es que el aumento de la economía inflacionista, oligopólica y burocrática de los servicios y la información ha alterado la composición sexual de la mano de obra y esto ha provocado, a su vez, cambios en las formas de sexualidad y matrimonio.

En lo referente al cambio de la composición sexual de la mano de obra y el movimiento paralelo de liberación de la mujer que se produjo en los años 60-70, Harris sostiene que no fue la liberación de la mujer la que creó a la mujer trabajadora, sino que fue más bien la incorporación de la mujer al trabajo lo que trajo como consecuencia el movimiento de liberación de la mujer. Según él, las décadas de 1940 y 1950 fueron más bien antifeministas y la actividad feminista organizada sufrió una fuerte disminución. La prueba estaría en el aumento del índice de natalidad que se produjo en estas dos décadas, lo que Harris denomina el fenómeno del «*baby-boom*» y considera producto de una economía en expansión que provocaba niveles de empleo relativamente altos y que permitía que cada vez más gente joven pudiera casarse y tener hijos. Todo ello apoyado, claro está, por una activa política estatal pro-natalista. Se produce, por tanto, en estos años una fuerte ideología de felicidad marital y procreadora que condicionaba a la sexualidad a limitarse a la institución matrimonial y a la función reproductora. El trabajo de las mujeres consistía, exclusivamente y salvo excepciones, en ocuparse del cuidado del hogar y de la familia. Sin embargo, hay un momento en que se produce una incorporación masiva de la mujer al mercado laboral activo. La motivación primaria de las mujeres no era otra que la de proporcionar un suplemento a los ingresos del marido, ya que con el aumento de la inflación a los matrimonios del *baby-boom* les resultaba difícil mantener, con sólo los ingresos del marido, el nivel de vida al que estaban acostumbrados, y fue así como el trabajo de la mujer empezó a te-

ner un peso real en las finanzas familiares.

Las mujeres se fueron incorporando a un tipo de trabajo que resultaba compatible con el ideal de la vida marital y que no suponía una competencia con el marido; es decir, ocuparon empleos en las categorías más bajas del sector de procesos de información y del sector de tratamiento de personas. Supusieron, en aquel momento, una fuerza de trabajo cómoda, trabajaban en jornadas reducidas, eventuales y mal remuneradas, no quitaban puestos de trabajo a los hombres blancos y parecían, en principio, dispuestas a aceptar, también fuera del hogar, la autoridad del varón. En este proceso es en el que se habría producido una toma de conciencia feminista de las mujeres en la medida en que empezaron a plantearse la explotación que suponía lo que de ellas se exigía: que trabajaran en dos sitios a la vez, en un empleo por el que recibían la mitad del salario de un hombre, y dentro del hogar sin cobrar nada y teniendo que continuar acatando la autoridad marital. Una consecuencia básica de esta toma de conciencia y de la incorporación al trabajo fue el cambio del modelo de familia predominante en años anteriores. No sólo disminuyen los índices de casamientos y de natalidad y aumenta el número de divorcios, sino que, además, se producen cambios en las pautas de comportamiento sexual que tienen un claro exponente en el movimiento de liberación homosexual.

Durante estos mismos años, los 60-70, el movimiento homosexual, oculto hasta entonces, se organizó y comenzó a salir a la luz luchando por sus reivindicaciones. El autor considera lógico que el movimiento gay acompañara

ra al movimiento de liberación de la mujer, porque ambos movimientos significaban facetas diferentes del derrumbamiento del imperativo marital y procreador y de la familia dominada por el varón proveedor; de la misma manera que resultaba lógico que en estos años se precipitaran al exterior todos los demás sentimientos y prácticas sexuales alejadas del fin de la procreación que habían permanecido ocultas y reprimidas durante mucho tiempo. Tanto la liberación de la mujer, como la liberación homosexual y la liberación sexual, representaron aspectos distintos de una misma desvalorización de la familia tradicional; y lo que todas atestiguan, cada una con sus matices, es la remodelación del modelo de reproducción norteamericano de acuerdo con las limitaciones y oportunidades de una economía cada vez más ineficiente en la que tanto los hombres como las mujeres deben trabajar fuera del hogar.

Existen otras dos dimensiones de la crisis cultural norteamericana que Harris considera estrechamente ligadas a la nueva economía y a la incorporación de las mujeres a la fuerza de trabajo: la delincuencia y el desbarajuste de los programas de ayuda social. En los Estados Unidos existe un alto índice de delincuencia y de violencia que se centra, sobre todo, en las comunidades negras e hispanas y que no puede analizarse separado del desempleo crónico que aquejan a estas comunidades, de la segregación racial ni de la degradación de los barrios en los que se hacen. Durante la segunda guerra mundial y en la posguerra inmediata tuvo lugar una inmigración negra sin precedentes, desde las granjas a las ciudades, en busca de trabajos de

fábrica retribuidos según lo pactado por los sindicatos. Este no fue un movimiento voluntario, sino que venía provocado por un nuevo período de acumulación de capital que hacía necesario un nuevo contingente de mano de obra en las ciudades. Posteriormente, tras la disminución del sector de producción de bienes, estos hombres pasarían directamente a engrosar las filas del paro, hacinándose al mismo tiempo en los núcleos más ruinosos de las principales ciudades del país. La única posibilidad de trabajo que se les planteaba era integrarse al proceso de creación de empleo provocado por el crecimiento de la economía de servicios; sin embargo, a las grandes compañías les interesó más integrar a la mano de obra femenina, con un nivel de cultura más amplio y, en principio, menos combativa y más dispuesta a acatar la autoridad de los varones blancos que, por supuesto, eran los patrones.

De esta manera, el mayor peso del desempleo estructural provocado por la automatización recae, fundamentalmente, sobre los varones de los barrios pobres. La respuesta de la mayoría blanca no ha sido un sistema racional de programas sociales o de creación de empleo, sino un sistema que recompensa con subsidios a las madres e hijos «sin padre» —familia matri-focal—, con lo cual a éstas les compensa más recibir ayuda estatal que tener un marido parado. Mientras tanto, a los padres de estos niños no se les facilita ningún tipo de prestación social ni de empleo, por lo que recurren a la delincuencia como una profesión alternativa.

Todos los aspectos tratados hasta el momento serían, para

Marvin Harris, los cambios más evidentes en el panorama cultural norteamericano. Y sería precisamente esta crisis cultural, y la inseguridad y el desconcierto que provoca entre los ciudadanos, la que explicaría el aumento de interés por cultos e iglesias expansionistas, fenómenos extraterrestres, brujería, exorcismo y otra serie de manifestaciones místicas y de culto que proliferan actualmente en los EE.UU. Este nuevo interés no significa que se haya abandonado el interés por alcanzar un beneficio material terrestre, sino únicamente que éste se pretende conseguir a través de medios mágicos y sobrenaturales. Lo que se ofrece al observador es el panorama de un país peligrosamente frustrado que se vuelve cada vez más receptivo a soluciones carismáticas y fanáticas como forma de resolver sus problemas materiales. El grave problema que plantearía esta proliferación de sectas y cultos es el del tiempo que puedan tardar, una vez consolidado su poder económico, en ponerse a «solucionar» los problemas terrenos en el campo del poder político y económico en lugar de a través de los milagros.

Tras esta visión general de la sociedad norteamericana, Harris afirma que los problemas existentes no están precisamente en vías de solución sino que, por el contrario, van a tender a profundizarse. Ya resulta evidente que el mismo proceso de automatización que se produjo en el sector de la producción industrial está a punto de repetirse en el sector de los servicios y de la información, pero con el agravante de que no existe actualmente ningún área concebible de empleo rentable que pueda acoger a los trabajadores —especialmente mujeres— que

pasarán a engrosar las filas del paro. Por tanto, Estados Unidos tendrá que resolver una contradicción ya existente pero que se ahondará aún más, y que es la que se produce entre ahorrar mano de obra y crear puestos de trabajo, entre aumentar la productividad de los trabajadores y despedirlos. Lo que a Harris le resulta del todo improbable es que una política de soluciones para frenar la inflación galopante que se produciría, basada en la reducción de impuestos, la disminución de la burocracia, la supresión de los programas sociales y la eliminación de la regulación del sector privado, pudiera mantenerse durante mucho tiempo.

El interés de este trabajo de Marvin Harris resulta evidente sobre todo por la lucidez y la falta de prejuicios con que el autor —a pesar de que en ocasiones no consiga desprenderse de la mística chauvinista que envuelve a la idea del «sueño americano»— analiza aspectos diferenciados y esenciales de la sociedad americana. Esto no significa que algunos de sus análisis no sean susceptibles de diferencias o que haya aspectos que el autor eluda. En algunos momentos parece pecar de cierto reduccionismo metodológico al intentar hacer remitir todas las causas de los nuevos fenómenos sociales a un cambio profundo en el planteamiento económico americano, olvidando o negándose a dar importancia a otros aspectos que podrían aportar explicaciones interesantes. De cualquier manera, *La cultura norteamericana contemporánea* resulta una obra de gran ayuda para quien tenga interés en conocer las causas y el desarrollo de los cambios más destacables en la actual sociedad estadounidense.

PANGLOSSISMO TECNOLOGICO

Miguel Porta

Luis Racionero,
Del paro al ocio.
Anagrama. Barcelona. 1983.

Alvin Toffler,
Avances y Premisas.
Plaza y Janés. Barcelona. 1983.

Como, según parece, el futuro está ya a la vuelta de la esquina, varios son los autores que se ven en la obligación de reflexionar sobre lo que dicho futuro nos deparará. Pero no sólo eso, sino que, y apoyándose en las posibilidades ofrecidas por la tecnología, se lanzan al mercado propuestas alternativas que nos han de instalar, poco más o menos, en el mejor de los mundos posibles. Entre dichos autores los hay de éxito como Luis Racionero (a escala nacional) o Alvin Toffler (a escala internacional).

Luis Racionero es el autor de *Del paro al ocio* (XI Premio Anagrama de Ensayo), obra que aquí vamos a reseñar y que constituye el mayor éxito nacional por lo que al tema de un futuro alternativo se refiere. Racionero es, además, ingeniero, economista, urbanista, ensayista (*Ensayos sobre el apocalipsis*, 1972, y *Filosofías del underground*, 1976) y novelista (*Cercamon*, 1981).

Alvin Toffler, por su parte, es autor de auténticos *best sellers* internacionales como *El*

«*shock*» del futuro, *La tercera ola* y *Avances y premisas*, última de sus obras traducidas al castellano y a la que también vamos a referirnos. Por lo demás, Toffler, que al igual que Racionero es multidisciplinar (experto en psicología, economía, tecnología e historia), ha expuesto sus tesis ante varios presidentes (Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón) y jefes de Estado, es conferenciante de fama y precio internacionales, ha colaborado en innumerables publicaciones que van desde la prensa obrera hasta *Fortune*, y muchas cosas más que no es el caso señalar aquí para no extender en demasía la singular biografía de tan polifacético personaje.

Las dos obras aquí comentadas tienen una factura similar: diagnóstico de la crisis y propuesta de un nuevo modo de producir, organizarse y vivir. Por lo que hace a la crisis que atraviesa el sistema capitalista, ambos autores la diagnostican como estructural (y no como simple recesión). Pero mientras para Toffler estamos frente a la crisis del industrialismo que ha de superarse mediante una reestructuración técnico-económica basada en las nuevas tecnologías (electrónica, aeroespacial, informática, biológica, etcétera), para Racionero la crisis lleva al sistema a su destrucción por mor de tres contradicciones generadas por el propio sistema y objetivamente insuperables (la búsqueda del pleno empleo en una sociedad cibernética que hace tal empresa imposible; el mantenimiento de la libre iniciativa en una economía dominada por los monopolios y, en fin, la obstinación en propugnar un «excedente puritano de represión, laborismo y militarismo» sobre una juventud que vive inmersa en la